

EL CONCEPTO DE PECADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La hamartología recorre prácticamente toda la literatura veterotestamentaria¹. Constituye, en efecto, una de «las ideas dominantes» de su teología², determinando incluso el sentido de la historia salvífica, como orgulloso rebelión del hombre contra Dios y misericordioso intento de

¹ Cf. F. BEENEWITZ, *Die Sünde im Alten Testament*, Leipzig 1907; G. QUELL - G. BERTRAM, art. *Hamartánō. A Die Sünde im Alten Testament*: ThWNT, I 267-90; K. H. RENGSTORF, art. *Hamartōlōs. B. Im LXX und seine hebräischen Äquivalente*, Ib., 324-27; P. HEINISCH, *Theologie des Alten Testaments*, Bonn 1940, 137-39; O. PROCKSCH, *Theologie des Alten Testaments*, Gütersloh 1949, 632-42; A. GEORGE, *Le sens du péché dans l'Ancien Testament*: LV 5 (1952) 21-40; A. FOURNET-P. REMY, *Le sens du péché dans Jérémie*: BVChr 4 (1954) 34-48; P. van IMSCHOOT, *Théologie de l'AT*, II 278-302; L. LIGIER, *Péché d'Adam et péché du monde*, I, Paris 1959; P. RICOEUR, *Finitude et culpabilité*, II. *La symbolique du mal*, Paris 1960, 54-98; G. VON RAD, *Theologie des AT*, I 167-74, 275-85 (trad. españ., 204-12, 331-42); W. EICHRODT, *Theologie des AT*, II-III, Göttingen 1964, 264-308 (trad. españ., 379-439); F. DINGERMANN, art. *Sünde. II. Im AT*: LThK, IX 1170-72; Th. VRIEZEN, art. *Sünde und Schuld. II. Im AT*: RGG, VI 478-82; O. GARCÍA DE LA FUENTE, art. *Pecado*: EncBibl, V 938-42; L. KÖHLER, *Theologie des AT*, Tübingen 1966, 155-71: 157-65; R. KNIERIM, *Die drei Hauptbegriffe für Sünde im Alten Testament*, Gütersloh 1965; E. BEAUCHAMP, art. *Péché. I. Dans l'AT*: DBS, VII 407-71; S. LYONNET, art. *Péché. III. Dans le Judaïsme*, Ib., 480-85: 481-83 (=en los LXX); Id., art. *Pecado*: VTB, 660-70: 660-65; A. M. DUBARLE, *Le péché originel dans l'Écriture* (LD 20), Paris 1967, 9-103; J. B. BAUER, art. *Pecado*: DTB, 783-800: 783-87; E. JACOB, *Théologie de l'AT*, Neuchâtel 1968, 226-34; M. GARCÍA CORDERO, *Teología de la Biblia*, I, Madrid 1970, 657-704; P. GRELOT, *De la mort à la vie* (LD 67), Paris 1971, 14-27; L. SCHEFFCZYK, art. *Pecado*: CFT, II 317-25: 317-19; A. MATTIOLI, *Dio e l'uomo nella Bibbia d'Israele*, Torino 1981, 253-96.

² Cf. A. GELIN, *Les idées maîtresses de l'Ancien Testament* (Lect. Div. 2), Paris 1952, 64-71.

Este por salvarle³. Esa importancia se refleja ya en el literariamente múltiple y teológicamente denso vocabulario sobre el pecado⁴, principalmente concebido como «impiedad» o «injusticia» (*reša'*) contra Dios y contra el prójimo⁵, como «rebelión» (*peša'*) contra Dios⁶, «separación» o «extravío» de la recta senda (*'āwōn*) trazada por su Ley⁷ y, sobre todo, como «transgresión» de la misma (*ḥaṭṭā't*)⁸. El marcado progreso de aquella concepción, en efecto, terminó por centrarse en este último vocablo, por ello considerado «el principal» y «más específico»⁹, para designar el pecado de Israel y, en general, del hombre.

1. EL PECADO DE ISRAEL

a) Tras haber sido liberado de Egipto por Dios, «porque eterno es su amor»¹⁰, Israel se olvidó de ese «inmenso amor», *rebelándose* por ello «contra el Altísimo junto al mar de las Cañas» (Sal 106,7) y, luego, «en el desierto»¹¹, rehusando «guardar sus dictámenes» (Sal 78,56) y

³ Así con S. LYONNET, a.c. (VTB), 660; cf. también C. SPICO, *El pecado de los hombres*, en *Grandes temas bíblicos* (trad. españ.), Madrid 1968, 167-80: 167. Por su estrecha conexión con el tema de salvación, la noción del pecado está de algún modo implícita en el rico vocabulario veterotestamentario sobre la liberación: cf. S. SABUGAL, *¿Liberación y secularización? Iniento de una respuesta bíblica*, Madrid 1978, 16-40.

⁴ Sobre los varios vocablos y contenido teológico de los mismos, cf. G. QUELL, a.c., 268-71; K. H. RENGSTORF, a.c., 324; P. VAN IMSCHOOT, o.c., 278-81; G. VON RAD, o.c., 275s (trad. españ., 332s); W. EICHRODT, o.c., 264 (trad. españ., 380); L. LIGIER, o.c., 29-40; L. KÖHLER, o.c., 158-61; R. KNIERIM, o.c., 19-256; E. BEAUCHAMP, o.c., 408ss; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 658-63: 660ss; A. MATTIOLI, o.c., 253. Para el vocabulario de los LXX, cf. G. QUELL, a.c., 268s; K. H. RENGSTORF, a.c., 324; F. HAUCK, l.c.; S. LYONNET, a.c. (DBS, VII) 481s. El uso veterotestamentario del vocablo «deuda» es del todo parco (*hōb*: Ez 18,7; Eclo 8,5; Dan 1,10 [=verbo]; *opheilēma*: Dt 24,10; 1 Esdr 3,20; 1 Mac 15,8), designando sólo una vez (Eclo 8,5b) la *culpa* o *deuda* contraída con Dios por el pecado: cf. F. HAUCK y S. LYONNET, l.c.

⁵ Parcamente usado (30 veces): Dt 9,27; 1 Sam 24,14; Os 10,13; Jer 14,20 etc. Cf. E. BEAUCHAMP, a.c., 425-28.

⁶ Usado 92 veces (LXX: *asēbeia* y *anomia*): Is 1,2; 43,27; Os 7,13; 8,1; Jer 2,29; 3,13, etc.; cf. G. QUELL, a.c., 273s; E. BEAUCHAMP, a.c., 444s; R. KNIERIM, o.c., 113-184.

⁷ Frecuentemente usado (227 veces; traducido en los LXX por *adikia*, *hamartia* y *anomia*): Miq 7,19; Sal 31,11; 51,7; Is 65,7, etc.; cf. E. BEAUCHAMP, a.c., 444; R. KNIERIM, o.c., 185-256.

⁸ El vocablo más frecuentemente usado (289 veces; LXX: *hamartia*): Gén 20,6; Ex 9,27; 10,16.17; 1 Sam 2,25; 7,6; 2 Sam 12,13, etc.; cf. G. QUELL, a.c., 271-73; P. VAN IMSCHOOT, o.c., 278; E. BEAUCHAMP, a.c., 440-43; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 660s; R. KNIERIM, o.c., 19-112.

⁹ G. QUELL, a.c., 271; E. BEAUCHAMP, a.c., 407; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 660.

¹⁰ Sal 106,10-12; cf. Dt 7,8.

¹¹ Cf. Sal 78,17.40; Ez 20,13-14.21.

conducirse «según sus preceptos» (Ez 20,13,21); también en «la tierra» prometida se rebeló reiteradamente contra Dios (Sal 106,43) aquella «generación rebelde y revoltosa» (Sal 78,8), acertadamente calificada por el profeta como «una casa rebelde»¹² o «un pueblo de rebeldes» (Ez 2,3) a Dios, «desde el día que les conoció» (Dt 9,24). Una rebelión, por lo demás, atizada por la reiterada *murmuración* del Pueblo no sólo contra Moisés¹³ y Aarón¹⁴, sino también —y en definitiva— contra Yahweh¹⁵, a quien reprochó la inaudita maldad de haberle sacado de Egipto «por odio» (!), para matarle en el desierto¹⁶. *La incredulidad en el amor del Dios salvador y, como consecuencia, la perversa murmuración y orgullosa rebelión contra El fue, pues, el primer pecado capital de Israel*¹⁷.

b) ¡No el único! «Por gratuito amor» a Israel se ligó Yahweh con él (Dt 7,7-8) mediante una *alianza*¹⁸, constituyendo ésta en adelante el «verdadero punto de partida, para enjuiciar la relación» del Pueblo elegido con el Dios¹⁹ que decidió hacerle su especialmente amada «propiedad personal» (Ex 19,5b; cf. Mal 3,17), así como «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19,6a), condicionando, sin embargo, el amor manifestado en esa elección a la observancia de su alianza (cf. Ex 19,5a) o sumisa obediencia a su voluntad, seguidamente manifestada en el decálogo (Ex 20,1-17) y demás preceptos (Ex 20,22-23,33) de la Ley. La solemne aceptación por el Pueblo de esas cláusulas de la alianza (Ex 24,3-8) significó, por tanto, el reconocimiento del exclusivo reinado de Yahweh sobre él²⁰. Pero aquélla fue reiteradamente transgredida (cf. Ex 32,1-6; Ez 23,11-49) por el «Pueblo de corazón torcido» (Sal 95,10). Esa ruptura de la alianza significó, por tanto, un rechazo del amor de Dios y, a la vez, una rebelión contra su reinado supremo en el impío intento de hacerle siervo suyo (cf. Is 43,24), implicando consiguientemente ese crimen de lesa Amor y Majestad una «directa ofensa» al amor de Dios «y a su derecho soberano»²¹. *El nuevo pecado*

¹² Ez 2,5.6.7.8; 3,9.26.27; 12,2.3.9.25.27; 17,12; 24,3; 44,6.

¹³ Cf. Ex 15,24; 17,3 [=Núm 20,3-4]; Núm 14,36.

¹⁴ Cf. Ex 16,2; Núm 14,2.

¹⁵ Cf. Ex 16,7-9.11; Núm 16,11; Dt 1,27.

¹⁶ Dt 1,27; cf. Ex 16,13; 17,3 [=Núm 20,3-4]; Núm 21,5.

¹⁷ Así con G. VON RAD, o.c., I, 296 (trad. españ., 356).

¹⁸ Cf. G. QUELL, art. *diathēkē*: ThWNT, II 106-27; P. VAN IMSCHOOT, o.c., I 237-59; W. EICHRODT, o.c., I 9-32 (trad. españ., 33-62); J. SCHILDENBERGER, art. *Alianza*: DTB, 32-40 (bibliogr.); M. GARCÍA CORDERO, o.c., I 135-76 (bibliogr.); R. DE VAUX, *Historia antigua de Israel* (trad. españ.), I, Madrid 1975, 418-29; P. BUIS, *La notion d'Alliance dans l'Ancien Testament* (LD 88), Paris 1976 (bibliogr.: 11-13).

¹⁹ W. EICHRODT, o.c., I 10 (trad. español., 34).

²⁰ Cf. W. EICHRODT, o.c., II-III 220 (trad. españ., 320).

²¹ G. VON RAD, o.c., I 277 (trad. españ., 333).

*capital de Israel consistió, pues, en su rebelión contra el señorío de Dios, concretizada en su orgullosa desobediencia a la Voluntad divina manifestada en la Ley, rompiendo así aquella estrecha unión de amor con su Dios, establecida por la alianza*²². De ahí que, entre los pecados más graves de Israel ocupe el primer puesto la *idolatría*²³ que desde Egipto²⁴ profanó toda la historia de «la prostituta» (cf. Ez 23,3-49) o «esposa infiel» de Yahweh (cf. Os 1,2-3,1): Como transgresión del primer y principal precepto (Ex 20,2-6), aquélla significaba en efecto la negación de Dios como único Salvador y Rey de Israel, implicando, por tanto, una evidente apostasía del «*Shemá*» (Dt 6,4-5) o «confesión básica del monoteísmo absoluto»²⁵, constituyendo «el auténtico *pecado capital*»²⁶ contra el Dios de la alianza.

c) Una alianza —no lo olvidemos— pactada por Yahweh no con el individuo, sino con el Pueblo. Se comprende, pues, el carácter esencialmente *intersubjetivo* del pecado²⁷. Si los preceptos de aquélla regulan la relación de Israel con Dios (cf. *supra*), su transgresión individual tiene resonancia intersubjetiva o consecuencias sociales:

— *El pecado excluye al pecador del Pueblo de Dios*. Así lo refleja ya la concepción levítica sobre la impureza temporal —y consiguiente separación de la comunidad cultural— contraída por efectos sexuales o por «lepra» (cf. Lev 12-15): El impuro «saldrá del Campamento y no volverá a entrar en él» (Dt 23,11), mientras dure su impureza, como María —castigada por su pecado con la lepra— quedó «siete días fuera del Campamento» (cf. Núm 12,1-14). Muy severo es el castigo de ciertos pecados graves, por los que el pecador «será exterminado de entre su Pueblo» (Lev 19,8; 20,6.18) por la muerte (Lev 20,10-17.20; Dt 24,7).

— Si el pecado separa del Pueblo al pecador, también *afecta a toda la nación*, alterando la relación de ésta con Dios si no se castiga al tras-

²² Así con G. QUELL, a.c., 275ss; K. H. RENGSTORF, a.c., 325-27; P. VAN IMSCHOOT, o.c., II 282-85; P. RICOEUR, o.c., 54; W. EICHRODT, o.c., II-III 266 (trad. españ., 382); F. DINGERMANN, a.c., 1170; L. KÖHLER, o.c., 160; E. BEAUCHAMP, a.c., 418-19.428s; E. JACOB, o.c., 227; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 660.663.667. *El pecador* es, pues, «quien no tiene una relación correcta con la Torá» y, por tanto, «con Dios», pues aquélla «es la revelación de la Voluntad divina»: K. H. RENGSTORF, a.c., 325.

²³ Cf. A. GELIN, art. *Idoles, Idolatrie*: DBS, IV 169-87; G. VON RAD, o.c., I 225-32 (trad. españ., 272-80); W. EICHRODT, o.c., I 141-46 (trad. españ., 201-208); F. ALVAREZ, art. *Idolatría*: EncBib IV 73-77 (bibliogr.).

²⁴ Cf. Jos 24,14; Ez 20,7-8; 23,3.8.19.27.

²⁵ W. EICHRODT, o.c., I 145 (trad. españ., 207).

²⁶ W. EICHRODT, o.c., II-III 272 (trad. españ., 390).

²⁷ Especialmente subrayado por G. VON RAD, o.c., I 277.279s (trad. españ., 333-34. 336s); W. EICHRODT, o.c., II-III 267 (trad. españ., 383); A. M. DUBARLE, o.c., 25-38; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 672-75.

gresor»²⁸. Es ésta otra constante de la hamartología veterotestamentaria: No sólo el pecado del Sumo Sacerdote hace «culpable al Pueblo» (Lev 4,3); la marcha de éste fue detenida por el de María contra Moisés (cf. Núm 12,15); y por el pecado de «un solo hombre» [= Coré] se enojó Dios «contra toda la Comunidad» (cf. Núm 16,1-22); el pecado de Akán (cf. Jos 7) encendió «la ira de Yahweh contra los israelitas» por haber «pecado Israel» (vv. 1.11), enviando asimismo «Yahweh la peste contra» el Pueblo, por haber pecado David²⁹, análogo efecto intersubjetivo reflejan los relatos sobre el pecado de Salomón³⁰ y de Jeroboan³¹, de Manasés³² y del legendario Jonás³³; a quienes intentaban matarle asegura Jeremías, que su «sangre inocente» caería no sólo sobre ellos sino «sobre esta ciudad [= Jerusalén] y todos sus moradores» (Jer 26,11.15), confesando más tarde los repatriados del exilio babilónico «sus pecados y las culpas de sus padres» (Neh 9,2): ¡Pesaban sobre ellos! No hay duda: *El pecador implica al Pueblo en su pecado.*

— Nada de extraño, por tanto, si el ganado y las plantas e, incluso, «la tierra» sufren el devastador *influjo cósmico* del pecado de Israel³⁴. Y de todo hombre. Es lo que refleja el relato genesíaco (cf. Gén 3,17-19) sobre:

2. EL PECADO DEL HOMBRE (Gén 3,1-24)³⁵

a) La oscuridad proyectada por este relato —redactado por el *Yahwista* sin duda desde la triste experiencia del pecado de Israel y como res-

²⁸ W. EICHRÖDT, o.c., II-III 267 (trad. españ., 383); así también G. VON RAD, o.c., I 277.279 (trad. españ., 333.336).

²⁹ Cf. 2 Sam 24,1-10.15b-17: v. 15 (=1 Crón 21,1-17: v. 14).

³⁰ Cf. 1 Re 11,1-13 (v. 12). 29-39 (v. 39); 12,1-25.

³¹ Cf. 1 Re 12,26-13,34 (cf. 13,34).

³² Cf. 2 Re 23,26-27; 24,2-4.

³³ Cf. Jon 1,4-15 (vv. 7-12).

³⁴ Cf. Os 4,1-3; Jer 4,23-28; 9,9; 12,4; Sof 1,2-3; Is 24,1-7; Ag 1,6-11.

³⁵ De entre la nutrida bibliografía sobre este texto, citamos solamente: G. QUELL, a.c. (=«Hamartía»), 282-88; A. GAUDEL, art. *Péché originel*: DThC, XII 275-87; P. HUMBERT, *Essais sur le récit du paradis et sur la chute dans la Gènesis*, Neuchâtel 1940, 82-152; J. COPPENS, *La connaissance du bien et du mal et le péché du paradis*, Louvain 1948; O. PROCKSCH, o.c., 633s; F. ASENSIO, *El primer pecado en el relato del Génesis*: EstB 9 (1950) 159-91; P. VAN IMSCHOOT, o.c., II 287-95 (bibliogr.); G. VON RAD, o.c., I 167-74 (trad. españ., 204-12); ID., *Das Erste Buch Mose* (ATD, 2), Göttingen 1967, 69-83 (trad. españ., Salamanca 1977, 104-23); L. LIGIER, o.c., 173-231; W. EICHRÖDT, o.c., II-III 279-84 (trad. españ., 399-406); L. KÖHLER, o.c., 157-158; A. M. DUBARLE, o.c., 60-70; E. JACOB, o.c., 227-29; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 688-95; D. BONHOEFFER, *Creación y caída*, en: *¿Quién es Jesucristo?*, Barcelona 1971, 146-76

puesta al interrogante sobre el origen, esencia y consecuencias de todo pecado—, sólo puede ser apreciada a la luz del previo sobre la superlativa bondad (cf. Gén 1,31) de la *creación* de Dios (Gén 1,1-30), al frente de la cual puso al hombre y la mujer —creados a su «imagen y semejanza»—, como *señores* de la misma (vv. 26-30): ¡Señores por gratuito don del Creador, cuyo supremo señorío sólo vicarialmente representan y ejercen! Es lo que subraya el siguiente relato sobre la constitución del hombre mortal (Gén 2,7) por Dios en un *estado de felicidad e inmortalidad* paradisiacas (cf. Gén 2,8-16), condicionado éste, sin embargo, a la prohibición de comer «del árbol de la ciencia del bien y del mal» (Gén 2,17b). Con ello veda Dios al hombre arrogarse la cualidad divina de conocer el bien y el mal (cf. 2Sam 14,17; 1Re 3,9) y obrar en consecuencia (cf. Núm 24,13), es decir, erigirse en suprema norma de conocimiento y moralidad³⁶: *¡El hombre debe aceptar ser hombre, no pretender ser Dios!*

b) A rebelarse contra esa limitación será *tentado* aquél (Gén 3,1-5) precisamente por «la serpiente» (v. 1a) diabólica (cf. Sab 2,24) o «el padre de la mentira» (Jn 8,44). Con una mentira, en efecto, inicia su tentación: «¿Es verdad que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?» (v. 1b). ¡No era verdad!, como seguidamente «la mujer» precisa (v. 2-3). Pero la pregunta, que «contiene una tergiversación total» del precepto divino³⁷, insinúa solapadamente la posibilidad de serlo y, en tal caso, *Dios sería tan cruel* como un déspota oriental, que veda a sus hambrientos siervos comer los frutos del jardín que cultivan: ¿Es Dios tan generoso y bueno como parece?; «¿es verdad...?». Así suena «la pregunta impía por excelencia»³⁸. La tentación original inició, pues, con la solapada insinuación de la *duda sobre la bondad de Dios*. ¡Ahí está la raíz de toda tentación! No su culmen, sin embargo. Este lo alcanza en la blasfema calificación explícita de Dios como un Ser no sólo *mentiroso* —«¡no es verdad que moriréis!» (v. 4)—, sino también *celoso* de su rango divino (v. 5): «¡Por eso os ha vedado conocer el bien y el mal, imponiéndoo con ello un límite a esta prerrogativa suya! ¡Con sólo decidir por cuenta propia lo que es bueno y malo, sin

(¡penetrantes análisis!); S. LYONNET, a.c. (VTB), 660-62; Id., art. *Péché originel*: DBS, VII 510-13; C. WESTERMANN, *Genesis*, I (BKAT, I.1), Neukirchen-Vluyn 21976, 321-80 (bibliogr.); A. MATTIOLI, o.c., 270-91; S. DOCK, *Le Récit du Paradis. Gen II-III*, Paris-Gembloux 1981, 36-115.

³⁶ Así con P. HUMBERT, o.c., 82-116: 83-97; G. VON RAD, o.c. («Das erste Buch...»), 64-66 (trad. españ., 96-98); C. WESTERMANN, o.c., 337, y otros muchos autores, citados por C. WESTERMANN, o.c., 332.

³⁷ G. VON RAD, o.c. («Das erste Buch...»), 71 (trad. españ., 106).

³⁸ D. BONHOEFFER, o.c., 149.

embargo, podéis ser «como dioses», iguales a Dios!» La mujer es, pues, invitada por el tentador a *rebelarse contra su limitación humana y pretender ser Dios*. ¡Ni más, ni menos! Después de todo, *si Dios es mentiroso para con el hombre y celoso de él, si Dios no le ama, ¿por qué no hacerlo?, ¿no hay obligación de obedecer a un Señor malvado!; ¿por qué no comer entonces de ese «apetecible» y «excelente» fruto (v. 6a), vedado por un Dios cruel?: «Y comió» la seducida, deviniendo seductora de su marido, «quien también comió» (v. 6b). Si el origen del pecado se enraíza, por tanto, en el asentimiento a la tentación diabólica contra el amor de Dios al hombre, la esencia de aquél consiste fundamentalmente en la orgullosa rebelión del hombre contra su condición de creatura, para pretender ser Dios, es decir, en su soberbio rechazo de ser sólo vicario rey del mundo, para devenir su supremo Señor. Lo que significa: El pecado original —¡todo pecado!— fue y es esencialmente un atentado de la creatura contra la exclusiva dignidad del Creador, una rebelión del hombre contra el reinado supremo de Dios³⁹, atentando con ello no sólo a su misma condición de creatura y subordinado señor del mundo, sino también a la creación o dominio de su señorío.*

c) Se comprenden, pues, las fatales *consecuencias* de este pecado primitivo —¡de todo pecado!— en el pecador (Gén 3, 7-24): A la *lesión personal*, experimentada por éste en lo *más íntimo de su ser* (cf. v. 7), se suma la *total ruptura* de su previa comunión con Dios (cf. vv. 8-10) y *con el otro* (cf. v. 12); una lesión y ruptura existencial, agravada no sólo por la maldición divina del *sufrimiento* (v. 16; cf. Eclo 38,15) y del *trabajo fatigoso* (vv. 17-19a), así como del *espectral retorno al polvo* (v. 19b), sino también por la definitiva expulsión del «jardín de Edén» o *total pérdida de su felicidad* primitiva (cf. v. 22-24), todo ello acertadamente calificado como espiritual y física «muerte» óntica: «Por envidia del diablo entró» ésta efectivamente «en el mundo, y la experimentan cuantos le pertenecen» (Sab 2,24; cf. Eclo 25,24). Precisamente esa «muerte» hará en adelante verdaderamente trágica la existencia del hombre: Acechado por «el pecado, como fiera que le codicia» (Gén 4,7b), aquélla aparece seguidamente ensangrentada por *el fratricidio* (cf. Gén 4,8-12) y envenenada por *la venganza* (cf. Gén 4,23-24), hasta extenderse «la maldad del hombre sobre la tierra», por tender su «corazón siempre y únicamente al mal» (Gén 6,5) por excelencia: Construir «una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos» (Gén 11,3-4),

³⁹ Cf. P. VAN IMSCHOOT, o.c., II 292s; L. KÖHLER, o.c., 157; G. VON RAD, o.c. («Das erste Buch...»), 72 (trad. españ., 108); D. BONHOEFFER, o.c., 153-59; S. LYONNET, a.c. (VTB), 660s; C. WESTERMANN, o.c., 337.

es decir, *rebelarse contra Dios*, en un titánico esfuerzo por conquistar su morada celeste ⁴⁰.

3. ¡TODOS SOMOS «PECADORES» Y «DEUDORES»!

a) El *universalismo* del pecado ⁴¹ fue subrayado reiteradamente ya por el más antiguo teólogo (= Yahwista) de la Biblia ⁴², quien precisó asimismo el *influjo cósmico* de la maldición divina —provocada por el pecado— no sólo sobre «todo ser viviente» ⁴³, sino también sobre «la tierra» misma ⁴⁴. De la universalidad del pecado y su «letal» efecto se harán eco asimismo tanto los Profetas ⁴⁵ como —y sobre todo— los Autores sapienciales ⁴⁶: «Todos» incurrimos en «la muerte» introducida por el primer pecado (Eclo 25,24; Sab 2,24), no habiendo «hombre que no peque» ⁴⁷; al contrario, «todo hombre es mentiroso» ⁴⁸ y pecador ⁴⁹ congénitamente: ¡Ya desde el seno de su madre! ⁵⁰; «no existe», por tanto,

⁴⁰ Cf. G. VON RAD, o.c., 124 (trad. españ., 180); C. WESTERMANN, o.c., 727-30.

⁴¹ Cf. A. GAUDEL, a.c., 287-92; P. VAN IMSCHOOT, o.c., 295-302; P. LIGIER, o.c., 25-28; W. EICHRODT, o.c., II-III 274-78 (trad. españ., 392-98); F. DINGERMANN, a.c., 1171; A. M. DUBARLE, o.c., 19-22; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 678-82; A. MATTIOLI, o.c., 269s. Sobre el influjo universal del primer pecado, cf. también J. BLINZLER, art. *Erbsünde. I*: LThK, III 965s; A. M. DUBARLE, o.c., 39-103; P. SCHOONENBERG, *El pecado original*, en MS, II.2 (Madrid 1969) 998-1000; nutrida bibliografía ofrece K. RAHNER, *Pecado original*: SM, V (Barcelona 1974) 328-41: 340s.

⁴² Cf. Gén 6,5; 8, 21; 11,1-4.

⁴³ Gén 8,21b; cf. 6,5-7.

⁴⁴ Gén 8,21b; cf. 3,17-19a.

⁴⁵ Cf. A. GAUDEL, a.c., 289; W. EICHRODT, o.c., II-III 275-77 (trad. españ., 394-96); M. GARCÍA CORDERO, o.c., 679. Sobre la teología del pecado en la literatura profética, cf. A. GEORGE, a.c., 28-37; A. FOURNEL-P. REMY, a.c. (supra, n. 6); P. RICOEUR, o.c., 57-65; W. EICHRODT, o.c., I 251-54 (trad. españ., 340-44); II-III 269-71 (trad. españ., 385-89); S. LYONNET, a.c. (VTB), 663s.

⁴⁶ Cf. A. GAUDEL, a.c., 287-92; A. M. DUBARLE, *Le péché originel dans les Livres Sapientiaux*: RThom 56 (1956) 597-619; Id., o.c., 75-101; H.-J. KRAUS, *Theologie der Psalmen* (BKAT, XV.3), Neukirchen-Vluyn 1979, 195-97. El testimonio de EMPEDOCLES y PLATÓN sobre una *caída original* (cf. G. FRAILE, *Historia de la filosofía*, I, Madrid 1965, 206-8.372), atestiguada también por el «Orfismo», es totalmente diversa de la concepción bíblica sobre el *pecado original*: cf. E. DES PLACES, a.c., 377s.

⁴⁷ 1 Re 8,46 (=1 Crón 6,36); cf. Jb 15,15-16; 25,4-5; Sal 12,2.

⁴⁸ Sal 116,11; cf. Eclo 19,10.

⁴⁹ Cf. Jb 15,15-16; Sal 12,2.

⁵⁰ Sal 58,4; 51,7. Sobre este último texto, cf. A. FEUILLET, *Le verset 7 du «Misere-re» et le péché originel*, en *Science religieuse. Recherches et travaux*, Paris 1944, 5-26; P. LIGIER, o.c., 128-41; S. LYONNET, a.c. («Péché originel»: DBS, VII), 512; H.-J. KRAUS, *Psalmen*, I (BKAT, XV.1), Neukirchen-Vluyn 1966, 387; Id., o.c., 196s; L. JACQUET, *Les Psaumes*, II, Gembloux 1977, 167-70 (bibliogr.).

«justo en la tierra, que haga el bien sin nunca pecar» (Eclés 7,20) y se considere «limpio de pecado» (Prov 20,9), pues incluso «el justo peca siete veces»⁵¹ contra Dios; consiguientemente, «ningún mortal es justo ante» El⁵², cuya mirada sobre «los hijos de Adán» constata, en efecto, que «todos están descarriados y en masa pervertidos» (Sal 14,2=53,3s) por el pecado, bajo el cual «están todos», pues «no hay quien haga el bien», y «todos están descarriados» o en masa pervertidos» (Sal 14,1,3).

b) A todo hombre alcanzó, por tanto, el efecto del pecado. Por el rechazo del amor de Dios, manifestado en la trasgresión de su voluntad o rebelión contra su reinado supremo (cf. *supra*), el pecador ofende al derecho que, como Creador y Salvador tiene Dios sobre su creatura y su Pueblo redimido, lesionando a la vez el plan salvífico de Dios para con él, para con los demás y para con la misma creación (cf. *supra*). Se hace, pues, *culpable*⁵³ no sólo ante Dios, sino también ante los hombres, devinendo por ello *deudor* para con Aquél y para con éstos: «¡Todos somos deudores!» (Ecló 8,5b)⁵⁴. Y merecedores, por tanto, del *castigo* divino⁵⁵, en el que —cuando ha fallado su misericordia— se manifiesta precisamente «la ira de Dios» contra el pecador, para que se convierta

⁵¹ Prov 24,16: Es decir, «muchas veces» (7=número de plenitud: cf. Prov 26,16.25; 6,16; Jb 5,19, etc.). Los considerados «justos» —Henoc, Noé, Daniel, etc.— son, pues, también pecadores: cf. P. VAN IMSCHOOT, o.c., II 300s; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 681s.

⁵² Jb 4,17; cf. 9,2; 14,4; 25,4; Sal 25,4; 143,2.

⁵³ Rm 3,10.23: Así introduce (3,10) y comenta (3,23) Pablo la cita de Sal 14,1-3 (=Rm 3,10-18). Del pecado estará exento, sin embargo, «la Mujer y su Descendiente» mesiánico: cf. *infra*, n. 67-69. Cf. Gén 26,10; Jer 51,5; Lev 4,13.22; 5,17.19; 6,10; 2 Crón 19,10; 28,10.13; Esdr 9,7. A este respecto, cf. P. JOÜON, *Notes de lexicographie hébraïque. XV: La racine «asham»*: Bib 19 (1938) 454-59; P. VAN IMSCHOOT, o.c., II 285s; L. LIGIER, o.c., 85-98; P. RICOEUR, o.c., 99-144; W. EICHRODT, o.c., II-III 287-94 (trad. españ., 410-20); F. DINGERMAN, a.c., 1171; E. JACOB, o.c., 230s; E. BEAUCHAMP, a.c., 459-61; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 682-85; A. MATTIOLI, o.c., 267-69.

⁵⁴ Si el vocablo hebreo *hōb* expresa sólo aquí la «deuda» (cf. Ez 18,7; LXX: Dt 24,10; 1 Esdr 3,20; 1 Mac 15,8) contraída por el pecado (cf. *supra*, n. 4), los LXX usan a veces el verbo *aphiēnai* (=«perdonar una deuda») como traducción de verbos hebreos [= *nāsā'*, *sālāh* etc.] que designan el *perdón de los pecados* (cf. R. BULTMANN, ThWNT I 506; S. LYONNET, art. *Péché. III: Dans le Judaïsme*: DBS VII 482), considerados éstos por tanto «una deuda contraída con Dios» (S. LYONNET, l.c.) y con los hombres. Los LXX concibieron, pues, el pecado como una deuda. Es cierto, sin embargo, que la hamartología veterotestamentaria ignora la concepción judaica del pecado como una «Zahlungsschuld, die der Mensch gegenüber Gott als einem Geschäftspartner zu begleichen hat»: F. HAUCH, a.c., 560.

⁵⁵ Cf. P. RICOEUR, o.c., 65-72; W. EICHRODT, o.c., I 168-76 (trad. españ., 236-46); E. BEAUCHAMP, a.c., 420-22; E. JACOB, o.c., 91-93 (bibliogr.); M. GARCÍA CORDERO, o.c., 275-80); A. J. HESCHEL, *Il messaggio dei Profeti* (trad. ital.), Roma 1981, 81-105 (¡excelentes desarrollos!).

de su pecado⁵⁶: ¡No es Dios indiferente al mal! ¡No tolera la rebelión contra su señorío supremo! ¡No deja impune la profanación de su amor! ¿No amenaza incluso con la *muerte eterna* al pecador, si no se convierte de su pecado?⁵⁷ El piadoso israelita sabe bien esto, refugiándose por ello en el perdón de quien «no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva» (Ez 18,23), pues «si toma en cuenta las culpas, ¿quién se tendrá en pie?» (Sal 130,3). ¡Nadie!

Con la excepción, sin embargo, de «la Mujer y su Descendiente» mesiánico: La preanunciada «enemistad entre» éstos y el diabólico tentador (cf. Gén 3,15) será realidad en aquélla⁵⁸ así como en el Mesías, el «justo» y plenicarismático Rey davídico⁵⁹, el «inocente» Siervo de Yahweh⁶⁰. Y esta *santidad* del Mesías⁶¹ inaugurará la característica *santidad del Israel mesiánico*⁶² o «Pueblo de los santos del Altísimo»⁶⁴ (Dan 7,25.27), en virtud de la «alianza nueva»⁶³ y «eterna»⁶⁴, que Dios pactará con su Esposa infiel⁶⁵: Desposándola «para siempre» (Os 2,21), escribiendo en su corazón la Ley (Jer 31,33) de su Espíritu (cf. Ez 36,26-27) y purificando con Este todas sus «manchas e idolatrías»⁶⁶, de modo que «todos» le conocerán (Jer 31,34a) y, sin esfuerzo, «practicarán sus preceptos» (Ez 36,27). ¡Triunfará, pues, al final la santidad obrada por Dios sobre el pecado cometido por el hombre!

Resumiendo estos desarrollos: En el contexto de la hamartología veterotestamentaria, el origen de la indiscutible realidad universal del pecado se enraiza en la tentación diabólica contra el amor de Dios al

⁵⁷ Cf. Dt 24,16; Jer 31,29-30; Ez 4,18-21; 18,13.18.20.24-26; 33,6.8-9.13.

⁵⁸ Por revelación divina, solemnemente propuesta como dogma de fe por el más alto Magisterio de la Iglesia (San Pfo IX, Bula *Ineffabilis Deus*: Denz. 1641), sabemos que del pecado fue exenta María: No lo conoció «la Mujer», radicalmente «enemistada» por Dios con su diabólico autor (Gén 3,15a); cf. K. RAHNER, *La Inmaculada Concepción*, en *Escritos de Teología*, I, Madrid 1961, 223-37; A. MÜLLER, *Concepción Inmaculada*: MS, III.2 (Madrid 1971), 439-47; C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, 147-75.296-313 (bibliogr.).

⁵⁹ Jer 23,5-6; 33,15-16; Is 11,1-5; cf. Is 9,6; 32,1; Sal 72,1-4.

⁶⁰ Cf. Is 53,9.11: Elegido por Dios y objeto de Su agrado (Is 42,1) «desde el seno materno» (Is 49,5) —¡a diferencia de los demás hombres, pecadores todos ellos «desde el seno materno» (Sal 51,7; 58,4)!—, el «Siervo de Yahweh» no conocerá el pecado (cf. Is 53,9.11) y sí expiará —con sus sufrimientos y muerte— los pecados de todos (Is 53,4-6.8.10-12).

⁶¹ Cf. P. VAN IMSCHOOT, o.c., II 302; M. GARCÍA CORDERO, o.c., 682.

⁶² Cf. Is 11,6-9; 44, 3-5; Jer 31,31-34; Ez 36,23-28. A este respecto, cf. S. SABUGAL, *Christós*, Barcelona 1972, 168s; P. GRELOT, o.c., 26s.

⁶³ Jer 31,31.33; Ez 16,62; cf. Os 2,20.

⁶⁴ Jer 32,40; Ez 16,60; 37,26; Is 55,3; 61,8.

⁶⁵ Os 2,16-25; cf. Jer 31,31-33; Ez 16,60-63.

⁶⁶ Ez 36,25-26; cf. 16,63; Jer 31,34b.

hombre, asintiendo la cual éste rechaza su limitación existencial y su historia, impuesta por el amoroso pero incomprensible designio soberano y salvífico de Dios, murmurando contra El y rebelándose contra su reinado supremo, mediante aquella desobediente trasgresión de su voluntad que, rompiendo su alianza y alejándose de su amor, abriga la egolátrica pretensión de ser él mismo dios: Único señor de su historia; privado así de la comunión con Dios, el pecador deviene culpable o deudor para con Dios y para con los hombres, experimentando a la vez la muerte óptica al nivel personal e intersubjetivo, manifestada en la incapacidad total de aceptarse y amar al otro así como en el dolor y el trabajo fatigoso de una existencia —por lo demás— siempre amenazada con el miedo del retorno al polvo; sobre el pecado del hombre triunfará, sin embargo, la santidad de Dios en el Mesías en el Pueblo mesiánico.

SANTOS SABUGAL, O.S.A.